

toridades pendencieras, y era de ver el talante avinagrado y el gesto denegoso de los republicanos ante la persistencia con que el presidente defendía á todo trance la *imparcialidad* de sus empleados.

¡Esta!, decían algunos encerrando el dedo gordo de la mano derecha entre el índice y el del corazón; que le crea Pizote la cacareada neutralidad de que hace alarde! Para destituir á un gobernador jimenista, apenas si es preciso que don Rafael ponga á funcionar su teléfono maravilloso; y en cambio, para que nos quiten á un Jefe Político civilista de encima, hay necesidad de que tres ó más hombres dejen el cuero al sol en la plaza del lugar. ¡Valiente modo de ser imparcial!

Viene enseguida el decreto que prohíbe terminantemente las reuniones públicas, fundándose entre otras cosas en el artículo de la Constitución que da precisamente amplio permiso para celebrar tales reuniones, y allí tienen ustedes á los señores azules, más azules todavía si cabe, en fuerza de lamentar el salvaje atentado de que fueron víctimas.

¡Habrá tinterillada!, exclama un diputado en el colmo de la más tremebunda indignación. Eso no se le ocurre ni á un estudiante de primer año de los que amaestra en la Escuela de Derecho don José Astúa para las peripecias de la Ley.

¡No y no! Si mañana don Cleto—es un decir—me dijera sacándose las manos de los bolsillos y poniéndomelas sobre los hombros como acostumbra hacerlo con sabroso desgaire: «*hombré Pablo, cuidame un rato esta silla mientras voy á dar una vueltecita por allí*», le respondería al punto que soy bastante feliz para andar buscando entre el laberinto de los *honores oficiales*, esa felicidad que nunca se consigue. Aunque bien pensada la cosa, puede que echando á un lado escrúpulos, le dijera ahuecando la voz: «*eche usted acá, hombre de Dios, y ya verá como para*

sentarse allí donde usted está tan á disgusto, no se necesita un talentazo del otro jueves ni una clarovidencia de la semana pasada. Bastárame para ello ser valiente y sincero, seguir la línea recta sin desviaciones desdorasas, y no tener por delante, haciendo evidente traición á mis promesas, un cálculo brumoso de posibles emergencias «*que puedan en un momento dado cambiar totalmente la faz del problema electoral*», como dijo el otro.

Y á fe de buen cristiano que si se lo digo, Dios no me lo ha de tener en cuenta para lanzarme al purgatorio. Pues bonito es él para ponerse á dar castigos á aquel que, burla burlando, dice en ocasiones la verdad!

* *

Pero he aquí que me he extendido demasiado, «*abusando de la benevolencia de mis oyentes*», como han dado en decir los oradores que en el mundo han sido de Demóstenes para acá, inclusive don Manuel Bejarano, el del Congreso. Pero es como se lo decía ahora mismo al Doctor Skinner Klée, mi amable compañero de proscripción; está uno tan mal avenido con el silencio de que se disfruta en esas goyantes democracias que venimos dejando atrás, que al llegar á aquí los pellizcos del verbo nos apuran y terminamos por echar la lengua sobre todo lo que á mano viene y nos despacliamos á nuestro gusto sin reparar que los que escuchan estarán deseando mirarnos cerrar boca.

En llegando aquí, hago repentinamente un alto, callo y á lo mío me vuelvo.

* *

Por allá en Honduras, en tal cual rato perdido que solía dedicar á enterarme del cariz de las cosas que me iban por delante, y á las cuales proyectaba alcanzar no muy tardado, viniéronme á las manos algunas revistas de este país que el bueno de Justo Facio tenía el vicio de espar-

cir á todo viento, en su deseo de que este rinconcito que sin ser su patria por tal la tuvo siempre el poeta panameño, fuera de todos conocido. Las cuales revistas me dejaron la idea de que aquí estaba recién fundado un *Ateneo*. La cosa no es para persignarse, pensé yo, y menos sabiendo que allí no más, en Nicaragua, no hay pueblucho infeliz, por raquítrico y cariacontecido que parezca, que no tenga su *Ateneo* y su media docena de revistas literarias en las cuales campean á todas horas y en todos los estilos de posición y de metro imaginables, versos de Rubén Darío y retrato del General Zelaya y viceversa. Los dos nombres que más suenan cada rato entre la fresca brisa de los grandes lagos. Nadie se sorprenderá, pues, si le digo que á los dos días de haber echado pie á tierra en ésta tan generosa y tan simpática, me hice conducir por un amigo á los salones del *Ateneo*.

¡Buenas y gordas! me dije al sentir desde la puerta un cierto olor de moho y de polvo estacionado que venía de adentro. Mi acompañante pareció contrariado é hizo ademán de devolverse fingiendo una equivocación. Pero yo, que soy poco aprensivo y algo antojadizo por naturaleza y por añadidura nada amigo de que se me pudran los ojos entre el cuerpo, lo tomé por un brazo y lo arrastré conmigo al interior de aquel santuario abandonado, en el que á la sazón no ardía ninguna de aquellas brillantes lamparillas que en fecha no lejana debieron alumbrar los muros de su único salón hecho á remiendos.

Y una vez ambos adentro, fue iel diluvio! Allá en el fondo, sobre una gran tarima que dormitaba en la penumbra soñando quizá con el inquieto taconeo de los conferenciantes de otras épocas, una veintena de sillas meditaba, unas sobre otras, quizás en la sentencia bíblica que nos grita á todas horas: «recuerda, hombre, que polvo eres, y en polvo te convertirás.» Por cierto que las pobres

sin ser hombres ni cosa que lo valga, allí estaban cubiertas por el polvo.

Abajo, en el resto del salón que corresponde al público, y bajo la escasa claridad que limosnea una claraboya abierta en el cielo raso á la buena de Dios, como quien abre un hoyo disparejo en una caja de fósforos, dormían la siesta, en deshonesta y alarmante promiscuidad, una multitud de arados, de palas y machetes pertenecientes, según dicen, á la Sociedad Nacional de Agricultura en cuyas manos está por el momento el pandero del dichoso *Ateneo*.

La impresión que en mí produjo el cuadro epigramático, no es para ser puesto en papeles. Mi compañero repuesto de su pesadumbre patriótica, no cerraba el pico formulando cuantas malas disculpas le sugirió su atormentado chirumen. Vea Ud., me decía en una de tantas, no vaya á creer por ello que en materia de artistas andamos muy escasos; no señor, si aquí puede Ud, encontrar poetas hasta en las boticas, cuantimás en las carpinterías y hasta en las fraguas. Lo que pasa es que nuestros literatos tienen enfundada la pluma, y unos se dedican á ministros, otros á sacristanes y otros á capitalistas ¡que no es mala afición!

Calle Ud., por María Santísima! le dije ya impaciente, sus disculpas no sirven en este caso para maldita de Dios la cosa. ¿No ve Ud. que más bien este recinto, con su sesión permanente de hierros de labranza, canta para los oídos que pueden y saben escucharla la verdadera, la genuina canción costarricense? ¡Ah! el literatismo que asesinó una raza, aquí no azota la energía del pueblo ya sé por qué Costa Rica vive á la chita callando, mientras las otras hermanas se desangran.

¡Ya sé por qué es!

* *

El establecimiento de la *Cruz Roja Republicana* ha metido en zozobra



Hon. Sr. don Domingo Nájera y de Pindter
Encargado de Negocios "ad interim"
de los Estados Unidos Mexicanos en la República de Costa Rica

Nacido el 24 de febrero de 1880; Agregado interino á la Legación en Italia, 25 de mayo de 1904; Examinado en la Legación en Viena y declarado apto para ingresar en la carrera diplomática, 6 de febrero de 1905; en comisión en la Secretaría de Relaciones Exteriores, 6 de agosto de 1905; Tercer Secretario de la Legación acreditada en las Repúblicas de Sud América, lado del Pacífico, 21 de agosto de 1905; Miembro correspondiente de la Sociedad de Geografía de Lisboa, 8 de enero de 1906; Condecorado con la Cruz de Caballero de la Corona de Italia, 24 de octubre de 1906; nombrado Tercer Secretario de la Legación en Washington, 15 de diciembre de 1906; Miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística de México, 19 de febrero de 1907; Segundo Secretario de la Legación en las Repúblicas de Centro América, 19 de febrero de 1907; Primer Secretario de la Legación en Costa Rica y Nicaragua, 12 de mayo de 1908.

(Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores.—México, julio de 1908).

hasta los espíritus más ticos, que es como decir, los más calmosos y pacíficos, ¡Caracolitos con los señores del pendón azul! Quien quiera que los oye se imagina que esta vez el juego va de veras y que Catilina va irremisiblemente á las puertas. Un Catilina de *doublé*, según todas las trazas.

Pues no es poca pelota eso de prepararse á un torneo eleccionario fundando previamente hospitales de sangre. Ni que estuviéramos en Rusia, señores! Aunque eso de *estar en Rusia* ya va siendo un cliché. Una manera universalmente admitida para designar los sistemas paternos, *no del todo suaves*, que se usan en la vida para encaminar á los hombres. Porque lo que es en estos paisecitos de Centro América se cuecen unas habas que, ya, ya!

Quien está que no se le cuece el pan desde que leyó la noticia, es un buen amigo mío, casado para su desgracia y sarpullido de hijos, que se encuentra embrutecido por dentro y por fuera con la enormidad de esa *caballada* que se nos viene encima, según su propia expresión.

Sabedor de que yo vengo, —escapado, vamos al decir,—de regiones heroicas en donde los *partidos* gustan de preparar la cena con cadáveres y donde los presidentes se hacen servir el desayuno con un potente microscopio al lado para examinar las *multitudes sospechosas* que suelen burbujear allá en el chocolate, me dijo hace un momento: ¿no le parece á Ud. que esto va tomando una traza del demonio?

¡Y tan demonio! exclamé yo al punto, gozándome cruelmente con la nerviosidad del buen señor. Ya van á ver en Nicaragua de esta hecha, que no es como ellos dicen donairosamente, que ustedes prefieren aguantarlo todo antes de exponerse á quebrar los vidrios de su monísimo Teatro Nacional.

Pero, ¿acaso hay motivo para tales cosas? musitó mi amigo en el col-

mo de su desesperación. No es que yo quiera hacer de don Cleto un santo ¡para mí tomáralo! pero ya él dijo que *entrega* y á lo dicho me atengo. Que entrega, entrega, de eso no le quepa duda; el saberse á quién es lo que está en veremes. Pero ¿no le parece á usted preferible todo, todo, á un derramamiento de sangre antes de que se restablezca el sello y nos paguen los cheques atrasados?

Fuera de duda que me lo parece, objeté yo entonces, convencido á la sazón de otra de las causas no menos *poderosa* que la que ya tengo en cartera, de la tradicional tranquilidad que aquí se goza.

¡Si tendrá el asunto tela que cortar! Como que hay tío de estos que á estas horas anda metido en camisa de once varas!

PABLO ARIZONA

Dominicales

Don Alfredo Skinner Klée.
Amigo de mi alto aprecio:
Por su encargo y por mi gusto aquí estoy de cuerpo entero decidido, y preparado, y sobre todo resuelto, á no faltar con las crónicas dominicales, en verso.
Los motivos para hacerlas no sobran en este pueblo; pero si en una semana no hubiera acontecimientos dignos de ser consignados en croniquillas, prometo inventarlas, cuando el caso llegue de hacer un invento. Por de pronto, en estos días abundaron los sucesos y en la semana pasada hubo tantos y tan buenos que pudiera estarme un año versificando sobre ellos.
La discusión sobre el voto del amable bello sexo; las medidas que ha tomado en política, el gobierno; los amores misteriosos de una dama y un cochero; la discordia medical sobre los tanques acépticos; las trompadas que Lisímaco y Valladares se dieron; la muerte definitiva

del desdichado Ateneo; y un conjunto innumerables de otros importantes hechos, me tuvieron ocupado como dije, un año entero; mas pienso darles de mano para dedicar mi tiempo al relato de una historia de esas que paran el pelo.

Vive hoy, allá en el Palacio, donde siempre habitó, un viejo triste, canoso, abatido, encanijado y decrépito. Es un pobre octogenario tan anciano y tan maltrecho que está semi parálítico y casi del todo ciego. Los que pasan á su lado lo contemplan con desprecio y no falta quienes ríen sarcásticamente al verlo. Cuánto llora! Cuánto gime! Cuánto lamenta el misérrimo los pasados esplendores de las épocas que fueron! Joven era, apuesto y rico, poderoso y altanero, respetado por los grandes, querido por los pequeños, esperanza de los pobres, de los hogares consuelo, suministrador mensual de toda clase de sueldos, providencia del ministro lo mismo que del portero; y en fin, factotum omnímodo del Palacio y del Gobierno. Pero así son las grandezas! Así las devora el tiempo! Así las borran los siglos en su transcurrir eterno. El que fué magnate ayer, hoy es casi un limosnero! Quien á todos asombraba con su ilimitado crédito, ahora apenas si consigue con grandes fianzas, un céntimo. Ya ni el mismo Tatamundo le quiere prestar dinero, ya no le recibe un giro el ínclito Basileo. Y á tanto el pobre ha llegado, está de tal modo enfermo que tal vez pronto los ticos presenciaremos su entierro. Pobre ser infortunado! Pobre anciano! Pobre viejo! Hoy vive por caridad en el Palacio severo donde hace unos cuantos años habitaba como dueño! Lectores, lo conocéis? Es un pobre diablo: ¡El Sello!

EDUARDO CALSAMIGLIA

Domingo Nájera y de Pindter

Pertenece á una antigua familia mexicana.

Antes de su ingreso en la carrera diplomática, fué Oficial de Caballería de la Segunda Reserva Nacional.

De buena presencia y de educación esmerada, culto, caballeroso, observador y con marcada afición á la ciencia, en los cinco años que lleva de figurar en el cuerpo diplomático, ha tenido oportunidad de servir con buen éxito á su patria y conquistarse merecidos ascensos y recompensas. Aprovechó su permanencia en Chile, El Salvador y Costa Rica para estudiar estos países y darlos á conocer en México y en el extranjero.

Resultado de esos estudios y observaciones, son los siguientes trabajos:

«A través de los Andes». Relación interesante de su viaje de Buenos Aires á Santiago de Chile; «Estudio sobre los Araucanos», escrito para la Sociedad Geográfica de Lisboa; «Informe sobre la República de El Salvador» presentado á la Sociedad de Geografía y Estadística de México; é «Informe sobre la República de Costa Rica» presentado á la misma Sociedad.

Con trabajos como los enumerados, se realiza lo que algunos pretenden que no es más que una simple fórmula diplomática aquello de *estrechar más, si cabe, las relaciones que felizmente existen entre los países*.

El informe del Sr. Nájera sobre nuestro país ha tenido resonancia en México. Un periódico de allá muy serio y acreditado, haciendo comentarios á los juicios del joven diplomático, dice: «que Costa Rica es un país ideal en que hay más maestros de escuela que soldados».

Los que juzgan superficialmente, suponen que la vida de los diplomáticos es de diversiones y regalo. No niego que hay muchos de ellos que son puras figuras decorativas; pero no sucede así con el señor Nájera que tan dignamente figura con merecido puesto en la carrera de la diplomacia mexicana.

Los esfuerzos del señor Nájera han obtenido recompensas muy merecidas. Además de sus ascensos graduales, el Rey de Italia le condecoró con la Cruz de Caballero de la Corona; y el gobierno de su Patria que le nombrara Primer Secretario de la Legación de Costa Rica y Nicaragua el 12 de mayo de 1908, acaba de honrarle con el nombramiento de Encargado de Negocios *ad interim* en Costa Rica.

Centenario Pepe Batres



José Batres Montúfar

¡Yo pienso en tí!

Yo pienso en tí, tú vives en mi mente: sola, fija, sin tregua, á toda hora, aunque tal vez el rostro indiferente no deja reflejar sobre mi frente la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía brilla tu imagen apacible y pura, como rayo de luz que el sol envía al través de una bóveda sombría al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo, mi corazón se embarga y se enajena, y allá en su centro vibra moribundo cuando entre el vano estrépito del mundo la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento, sin agitarme en ciego frenesí, sin proferir un solo, un leve acento, las largas horas de la noche cuento ¡y pienso en tí!

José Batres Montúfar

La noche del "Yo pienso en tí"

Oprimida la frente pensadora sueña en la imagen apacible y pura y temblando de amor y de ternura en el silencio de la noche llora.

La cándida visión que le enamora ennegrece su insomnio de amargura, y sintió tan inmensa desventura que sollozando le encontró la aurora.

El aire matinal del nuevo día secó su llanto y refrescó su frente; y después, con esfuerzo omnipotente, estranguló en el pecho la agonía y mostró al mundo «el rostro indiferente» que iluminaba un rayo de ironía.

¡Pienso en tí!

Yo pienso en tí, dinero refulgente, con rabia, con delirio, á toda hora, pues sin tí, seré eterno penitente, y en mí se *paseará* toda la gente si me falta tu influencia protectora.

Siempre vaga tras tí mi fantasía, buscando en las pesetas la ventura; y no te hallo en la noche, ni en el día, y está siempre mi bolsa tan vacía como llena mi mente de amargura.

Yo condenso en tu sér mis ilusiones; pero es la suerte para mí tan negra, y me exige tan duras privaciones, porque corren de mí los *pelucones*, como huye un pretendiente de su suegra.

Sin que jamás poseerte yo consiga á pesar de mi ardiente frenesí, en la inacción á que tu ausencia obliga, me rasco tristemente la barriga, *¡y pienso en tí!*

Domingo Estrada

El "Yo pienso en tí"

(FRAGMENTO)

Si se tomara en las manos el ánfora divina que en la torre de Nesle cinceló Benvenuto como un presente digno del Rey Caballero, los ojos del crítico se abrirían fijos de admiración; y en vez de la palabra que revelara un juicio sereno, los labios prorrumpirían en un grito de entusiasmo. Cuando se tiene ante la vista alguna de esas grandiosas inspiraciones en que se refleja el poderoso genio que les dió vida, se siente como si un hilo misterioso comunicara el espíritu con el pensamiento creador de la obra magistral.

Bien está el estudiar los rasgos distintivos de una labor artística, exaltar sus bellezas y analizar sus detalles; señalar, si los tiene, los lunares que la empañan y desentrañar el sentido íntimo que el artista quiso encerrar en ella; pero cuando la obra es un modelo acabado en su género, pieza de examen que conmueve, obra maestra que deslumbra, la crítica fría cede su puesto á la admiración ferviente.

Tal pasa con el ternísimo madrigal de nuestro poeta. Leído una vez y otra vez, aprendido de memoria, recitado de continuo, se halla que la más completa perfección campea en él; se siente la amargura que expresa; se comprende el dolor profundo, casi tranquilo en fuerza de ser hondo, de amar sin esperanza; se ve palpar la pasión inmensa, callada y discreta como una sagrada adoración; y después de su lectura queda en el pecho una tristeza indefinible y angustiosa, una melancolía abrumadora y tenaz como la que produce el paisaje de una ciudad en ruinas. Y es que en los versos del «Yo pienso en tí», del primero al último, vaga llorosa el alma doliente de Pepe Batres.

Esas estrofas no fueron la momentánea inspiración de un brillante versificador de fácil vena: expresan la historia de una vida; no surgieron al *fiat* creador del poeta en un momento de arrebató: se generaron lentamente y sin rumor en los antros más recónditos de un alma envenenada por la pena. La perla se forma poco á poco y es de más vivo oriente y

más hermosa cuanto más tarda el dolor del molusco que la cría en sus entrañas, y la naturaleza construye entre su seno en muchos siglos las irisadas filigranas de las maravillosas estalactitas con gotas que parecen el llanto de la tierra. Así se formó el «Yo pienso en tí», con lágrimas.

¿Por qué fué tan lenta su creación? ¿Quién sabe si al principio fué un grito de dolor, que reprimió el poeta, una candente frase de desesperación que espiró en sus labios, una imprecación rebelde contra el hado, que sólo se formuló en el pensamiento! Era muy grande la pasión del poeta, para ser desahogada en estancias quejumbrosas; muy acendrada y pura, para ser publicada y comprometer el nombre del sér querido, y muy honda para que hubiera dado su lugar á otra pasión. Pero eso, tal vez, la expresión de sus tormentos vagó un año y otro en su mente con formas imprecisas, sin que el poeta se atreviera á cristalizarla; y dióle vida, la formuló como hoy la conocemos, cuando correspondió á un estado permanente y seguro de su espíritu. Su pasión, al cabo de los años, ya no fué arrebatada y violenta como debió de ser en sus principios, sino sosegada y tranquila; mas no por ello menos intensa y arraigada. Cuando fué intermitente sucesión de arranques tormentosos, quizás no tuvo el poeta la seguridad de que la explosión inspirada de sus acentos pintara el verdadero estado de su corazón; pero cuando calmaron sus arrebatos y ya en su frente no se reflejaban las tempestades de su pecho, cuando sintió su alma saturada de tristeza infinita hasta la muerte y tuvo la certidumbre de que su amor sin esperanza llegaría con él hasta el sepulcro, entonces cinceló en cuatro estrofas la pasión reverente que lo consumía.

Recojamos ese canto melancólico, sintámoslo con el alma toda, comprendámoslo, y rebullirán en su urna mortuoria las heladas cenizas de Pepe Batres.

Manuel Valladares Rubio

La revolución turca

I

Cayó el Sultán de Turquía y cayó por cobarde y avaro. ¿Qué fortuna creen ustedes que tenía? Trescientos millones de francos.

Con esta suma y los soldados que defendían el palacio en que se hospedaba, bien pudo rechazar á las turbas desarrapadas de Salónica. Aquí para *inter nos* los «jóvenes turcos» no son esos liberales que nos pintan ciertos periódicos parisienses. En su mayoría son gente ambiciosa, educada de prisa y corriendo en los románticos preceptos de la Revolución francesa.

Abdul Hamid es un epiléptico aquejado del delirio de persecución. Ha vivido durante treinta años encerrado, sin salir á la calle, repartiendo sus horas entre el harem y la organización del espionaje. No comía sino huevos pasados por agua, por miedo á ser envenenado. Las raras veces que comía carne la daba á probar antes á su cocinero cuando no á sus eunucos.

No ha caído por su crueldad ni por sus robos al erario. Ha caído porque estaba gastado física y políticamente. No es un trono el que se derrumba con él. Es la Turquía que se cae á pedazos de puro decrepita. El nuevo Sultán sobre ser un enfermo, es un hombre sin experiencia de la vida (ha vivido encerrado durante todo el reinado de Abdul Hamid), sin energía y sin talento político. Las bayonetas le han encaramado en el trono, las bayonetas le obligarán á bajar cuando menos lo espere.

¿Por qué ciertos pueblos no se han de resignar á seguir siendo lo que constituye su atractivo principal: el de ser pintorescos? Constantinopla es uno de los lugares, amén la historia, más interesantes de Europa. Su Bósforo es de un azul intenso; su cielo es más azul que el Bósforo; sus edificios tienen el encanto arquitectónico del arte musulmán. Las calles

de la ciudad son estrechas y tortuosas; la turba de perros que la invade tiene yo no sé qué de enigmático. Las mujeres se velan el rostro sin duda para avivar el misterio que las envuelve. Flota en todo el país una melancolía genuinamente oriental, que mueve á pensar en el nirvana.

¿Por qué se empeñan los turcos en querer civilizarse, es decir, en perder su sello personal? Lo que distingue la civilización es la uniformidad.

Todos los pueblos civilizados se parecen, el que haya visitado las capitales europeas (Berlín, Londres, París etc.) habrá notado sin duda el aire de familia que las distingue. Los pueblos que no han entrado en este concierto de la civilización conservan sus costumbres, sus trajes, hasta sus olores inconfundibles.

Para mí que no soy turco, la Constantinopla supersticiosa de Abdul Hamid tiene más atractivo, desde el punto de vista artístico que esta otra Constantinopla moderna que los judíos de Macedonia influidos por los centros masónicos de Europa, pretenden imponernos.

¡Parlamentarismo en Turquía, en el país de los eunucos y de los perros sin amo! La libertad es una planta que no arraiga en todas partes. Los espíritus visionarios (y anticientíficos) creen que la libertad es una especie de eucalipto que nace en cualquier terreno. Los hechos desgraciadamente, prueban lo contrario.

Dejemos que cada país viva á su modo y no pretendamos uniformarles con un mentido progreso que á menudo no consiste sino en una barbarie de levita iluminada por la luz eléctrica.

II

Constantinopla en estos momentos ofrece un espectáculo verdaderamente oriental. Por donde quiera no se ven sino ahorcados. El correspondiente en Turquía de un diario de París describe como sigue una ejecución capital: una ciudad muda, un cortejo

de soldados al través de callejuelas silenciosas; en medio de bayonetas, tres hombres pálidos, lívidos, los ojos errabundos: los dos primeros, pequeños, y el último grande, sin bigote. Los tres visten una larga camisa blanca que les llega hasta la rodilla y un pantalón del mismo color. Calzan gruesos zuecos negros. La camisa cortada al ras del cuello y cerrada por delante con una ringla de botones. Un pancarto escrito en turco cuelga de sus pechos. En él consta el delito que van á expiar.

Delante de ellos los soldados erigen á hachazos la horca.

Los reos se quedan solos en medio de la muchedumbre que les mira indiferente. Uno de ellos es rubio, de ojos azules; la barba, inculta, le mancha de amarillo el rostro. Es una barba color de zanahoria. No mira ni la horca ni á los soldados ni al público. Tembloroso, los ojos clavados en el suelo las manos caídas como si fueran de trapo, balbucea algo incomprensible. Sin duda está rezando.

El segundo tocado de un fez, permanece inmóvil y mudo. De cuando en cuando echa una mirada de odio á la horca.

El tercero está como dominado por una rabia sorda que agita sus mandíbulas, que resbala por la piel de su rostro, hace guiñar sus ojos y contrae nerviosamente sus dedos. Levanta la cabeza hacia la ventana de un dentista armenio. Toda su vida parece reconcentrarse en el cristal de aquella ventana. La mira fijamente con sus ojos obstinados; la mira como si de aquel balcón emanase un fluido magnético. La mira como si buscara algo en ella. Y en la ventana no hay nadie. No se ve agitarse ni un pañuelo, ni extenderse una mano. ¡Nada! El dentista entre tanto, duerme tranquilo bajo la terrible caricia de aquellos ojos. Ni siquiera sopecha este adiós terrible de un condenado á muerte.

El sol brilla de improviso entre los

minarettes de la mezquita. El cielo azul, dorado, inmóvil, se extasía sobre la agonía moral de ese infeliz fanático.

Se acerca la hora de la ejecución. El uno llora; el otro no aparta los ojos de la ventana. El espectador no puede admitir que este hombre devorado por el odio de unos ojos tan intensos, pueda morir dentro de poco. ¡Está vivo! ¿Sucederá algo que impida la ejecución?

Una orden seca á los soldados hace que éstos les quiten de pronto el escabel. Un gesto; los taburetes caen á puntapiés; una sacudida, un sollozo entrecortado; un hipo. ¡Después nada! Un cuerpo inerte, una lengua negra que sale desmesuradamente de la boca; unos ojos náufragos bajo los párpados; los pies desnudos, blancos, exagües; salpicados de manchas violetas. De la boca contraída del turco fanático de los ojos azules, corre un hilo de baba. ¡Ya no mira á la ventana! Ahora solo mira (sin mirar) con una expresión color de cera el espacio sin fin....

FRAY CANDIL

París: Mayo, 1909.

Grandeza absoluta y grandeza relativa

(Para EL FÍGARO)

Recuerdo muy bien el día en que por primera vez ví en mi pueblo gente forastera. Una vaga idea tenía de su existencia, aunque la consideraba como cosa fantástica, pues fuera de aquel rincón donde nací, no me era posible concebir otras ciudades, otras tierras ni otras gentes. El mundo entero estaba circunscrito para mí al espacio comprendido entre aquellas montañas que limitaban mi horizonte, y encerraban en luminoso y risueño anfiteatro mi valle nativo, con su río murmurante, y sus praderas floridas, y sus bosques poblados

de leyendas y de misteriosos encantos.

Pero un día llegó á mi casa gente forastera, parientes cercanos de mi familia, de quienes había oído hablar como de seres mitológicos, y que venían tan ignorantes como yo lo estaba, á persuadirse de que en realidad había en otras partes gente de la misma clase de la que habitaba en su pueblo. Tocóme servirles de guía y cicerone para enseñarles todas las bellezas del mío: la iglesia de tres naves sostenidas por pilares nudosos y mal labrados, cuyos capiteles, obra maestra del único carpintero del lugar, lucían los reflejos del papel dorado de que estaban cubiertos; la alcaldía, una casa de dos pisos con balcón á la plaza, que era el edificio más suntuoso de mi pequeño universo; la escuela, pintada de blanco y de ocre, limpia y alegre como jaula de canarios, á la cual entraba yo alta la frente, con aires de propietario, porque en su recinto había ganado grandes victorias, y arrebatado en lid gloriosa los primeros premios; y por último, el cementerio, donde se levantaban enhiestas innumerables cruces negras, las cuales parecían decirnos con el ademán de sus brazos abiertos, que ellas eran las únicas representantes de la vida en aquel campo de tristeza y de silencio.

En medio de aquella multitud de fosas, niveladas en el suelo por la azada igualitaria de la muerte, alzábase una tumba de ladrillo, como para servir de trono al cadáver encerrado en ella, el cual desde esa altura debía dirigir y cuidar la muchedumbre que había gobernado en vida, y que ahora yacía á su lado, confiada en que aquel muerto selecto vigilaría eternamente por la tranquilidad de su perdurable sueño.

Cuando mis compañeros se acercaron á leer la inscripción grabada en la cruz de piedra de aquella tumba, tuve una sonrisa de satisfacción y de orgullo; mas cuando ellos, habiendo deletreado con dificultad el

nombre, «DON JUAN MANUEL BENÍTEZ», me preguntaron con candorosa propiedad propia de salvajes, quién había sido ese señor, abrí anchamente mis ojos y mi boca á impulsos del asombro. Cómo! ¿No había llegado á sus oídos el nombre del gran patriota Benítez, que fué, durante treinta años, alcalde de mi pueblo, y bajo cuyo patrocinio se construyeron la iglesia y la casa del cabildo y la de la escuela, é hizo llegar el agua á la plaza de la aldea por una acequia que á su iniciativa y bajo su dirección cavaron los vecinos?

Yo no había conocido al alcalde reverenciado y famoso, que había muerto antes de que yo naciera; pero su nombre se conservaba con veneración en la memoria de los dos mil y pico de habitantes que constituían mi mundo, porque eran los que poblaban aquel valle delicioso en que se deslizaba feliz mi infancia, tan rumorosa, regocijada y limpia como el río que cruzaba ese paraíso.

Esta fué mi primera desilución acerca de los alcances de la fama, y empecé á comprender lo difícil que sería conquistar el verdadero renombre, aunque todavía no me daba cuenta de que éste, para que fuera envidiable, debía llenar los ámbitos del espacio y perdurar en el tiempo.

Por fin llegóseme el turno de abandonar el nido paternal, y tender mi vuelo á comarcas vecinas, á esas que yo adivinaba tras de las fronteras queridas de mi aldea. Y empecé á encontrar nuevos hombres y con ellos una historia nueva. La desilución fué entonces para éstos. Yo no sabía nada de sus trovadores ni de sus héroes. En las plazas había estatuas; en los edificios públicos, inscripciones; nombres y fechas figuraban en los zócalos ó en los frontispicios de esos monumentos, sin que eso, que es la expresión de la gloria, despertara en mi espíritu ningún recuerdo, ni dijera nada á mi curiosidad, que ante esas fechas y esos nombres se mostraba fría y desdeñosa.

Cómo! ¿No me importaban nada aquellas inteligencias desaparecidas que ensalzaron en cantos arrancados á su lira las virtudes, los infortunios y las venturas de aquel pueblo del cual yo era huésped pasajero, ó los hombres que le dieron la libertad de que carecía, ó impidieron que cayera en la servidumbre? Y me acordé entonces de mis parientes forasteros, que no tenían noticia alguna del alcalde prócer de mi pueblo, y me acusé de ser tan ignorante como ellos, ya que no había percibido hasta entonces los rayos de luz de algunos astros de la inteligencia ó de la abnegación, que giraban en la región sideral de pueblos vecinos del mío. Los vientos de la fama, que llevan de clima en clima los nombres gloriosos, como llevan los vientos de verano las semillas que han de fecundar la tierra, no fueron bastante poderosos para sacar de mi aldea el nombre del ínclito Benítez, ni para llevar á ella el de estos poetas, legisladores y guerreros de que un país cercano se enorgullecía, y cuya apoteosis yo contemplaba en aquellos monumentos, sin que nada revelase á mi espíritu ni á mi corazón.

Y empecé á convencerme desde entonces de que sin una misión especial de Dios no se podría alcanzar la celebridad de Moisés, cuyos hechos maravillosos leía yo con arrobamiento de neófito entusiasta, la única de que tenía noticia en aquella época, que valiera la pena de luchar por conquistarla, puesto que vive por siempre llenando el tiempo y el espacio. Más tarde, al lado de Moisés encontré á Confucio, y luego se me aparecieron algunos otros, poetas, filósofos ó conquistadores; David, Alejandro, Sócrates; y más tarde aún, Dante, Carlomagno, don Alfonso el Sabio y Guillermo Shakespeare, y con esos nombres, algunos otros que vivirán perennemente en la memoria de los hombres.

Excelsas celebridades éstas para las cuales no pasará el tiempo! Cuan-

do la ambición empieza á nacer en nuestro pecho, son esas las que elegimos como tipo para labrar nuestra futura fama, hasta tanto que la vida viene á enseñarnos que esos nombres excepcionales representan en la historia del mundo lo que los dioses y semidioses en la fábula griega: el pensamiento divino encarnado en individualidades escogidas, la grandeza absoluta en la historia, por delegación de Dios que es la grandeza absoluta en la eternidad y en el infinito.

Entonces, resignados y humildes, nos conformamos con aspirar á la conquista de la grandeza relativa, á esa celebridad tranquila del alcalde de mi pueblo, la cual también vale mucho, porque es eminentemente noble y humana, y para cuya conquista no necesitamos grandes talentos ni poderosos ejércitos, sino que basta para ello dedicarnos á hacer el bien en el medio en que vivimos, y granjearnos la gratitud de nuestro pequeño pueblo, por el constante ejercicio de la benevolencia y de la justicia.

RAFAEL VILLEGAS

La creación

(Para EL FÍGARO)

No había nada.

Era el caos.

Una noche negra é infinita cubría-lo todo.

De pronto hubo un estremecimiento voluntario de mundos invisibles.

Formóse una combustión casi instantánea.

Vibró el espacio y preludieron himnos.

Y en aquella noche eterna del Principio, como haz de irizaciones fué la luz.

LUIS A. GALOFRE

Bienvenida

Presentamos nuestro respetuoso saludo de bienvenida al señor Dr. don Juan Ignacio Toledo López y á su distinguida esposa doña Refugio A. de Toledo, que regresaron después de una corta temporada en la vecina República de Panamá.

El eminente facultativo ha vuelto á hacerse cargo de su clientela y de la dirección de la «Casa de Salud».

Chispazos

Sufres esa tos indina
que causa tu desazón

por no gastar un colón
en un frasco de *Terpina*.

* * *

Se quedó calvo don Juan
y la causa, pienso yo,
es el no usar las lociones
de la casa de *Rigaud*.

* * *

Tienes niña un pie divino,
mas no lo luces con arte,
porque no quieres calzarte
en casa de *Sabatino*.

* * *

Esa calvicie supina
que te parte medio á medio,
ya no tiene más remedio
que curarla con *Rhum Quina*.

IMPRENTA, PAPELERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFADO DE AVELINO ALSINA

¡AH, LOS DIENTES!

¿Quién no los necesita? Nadie tenga miedo en cepillar su dentadura. Con ello ningún daño puede ocurrirle. En cambio, con no cepillarla, es infinito el número de quebrantos que las personas se procuran. La peor dentadura natural, estando limpia, es un millón de veces preferible á la dentadura artificial más artística. Esto lo saben de sobra los pobres tributarios del dentista. ¡Y pensar que casi todos ellos deben la ruina de sus dientes á la falta de aseo! No, es preciso que Ud. se procure un buen dentífrico y un excelente cepillo. Pida usted **Pasta, Líquido, Polvos**, lo que más le guste, con tal de que en ellos no prevalezca el perfume sobre las sustancias antisépticas que son indispensables en todo buen dentífrico. Pida Ud. los **Polvos** ó la **Pasta** ó el **Agua ALBALINA** preparados por la **BOTICA FRANCESA**, superiores á cualquier otras en su clase, y preparados con sustancias antisépticas de las más eficaces y que *no son venenosas*.

Use Ud. también los afamados **CEPILLOS ALBALINA**, que son por su calidad y estructura, el complemento de aquellos dentífricos.

Se dan muestras gratis de **PASTA ALBALINA**, en la **BOTICA FRANCESA**.